

**T** ENGO que agradecer al director de esta revista, que haya algún medio donde podamos expresar algunas vivencias de los que de alguna manera hemos estado apegados a la huerta, aunque yo soy un superviviente de 83 años el legón, de la azada y de la corvillla, no en mi vida profesional, sino en mis años infantiles con especial recuerdo el barracón de adobes.

Ahora, aún tengo fuerzas para pasear en bicicleta casi a diario por la huerta y el campo entre el espacio comprendido entre la Ermita de Belén y la capital murciana, lo que me trae a la memoria recuerdos nostálgicos y confusos, unos gratos y otros menos gratos. No viví una vida esclavizada en mi niñez, pero se me imponían unas obligaciones que cumplir que las asumía con comprensión y por necesidad siendo el mayor de los hijos mientras que el padre buscaba un porte en la estación de ferrocarril para la industria o el comercio del pueblo; de ahí el que la escuela había que ir olvidándola porque la tierra de cultivo en familias muy modestas era el trabajo personal y directo y no a base de jornales, así que los que estaban o medio estaban en disposición de ayudar a las faenas de la huerta debían arrimar el hombro, el padre con su doble profesión de carrero y agricultor, la madre cuidar la prole y llevar la casa echando una mano a las cosas de la huerta y yo con ocho o diez años, todos a limpiar cebolla, cargar lechugas, cortar las copas del panizo, majencar la tierra de los pimientos, recoger los higos “macocos” para llenar los confines del invierno con acompañamiento de pan casero del trigo de “Los Regajos” que nos sabía a gloria bendita. Se engordaban dos cerdos, uno para la casa en la “cuesta de enero” y el otro para el pago de la renta y los abonos y otras contribuciones de impuestos. El engorde se hacía con higos que cada mañana cogíamos, el recebo se hacía con pa-

nizo. Mientras mis hermanos menores no tenían edad de trabajar yo seguía sin saber nada del maestro D. Bartolomé ni de su escuela. Iba cuando podía.

Uno de los episodios de mi irregular vida escolar que recuerdo con verdadero orgullo fue un día que tocaba el tema del Descubrimiento de América. D. Bartolomé preguntaba uno por uno comenzando por el primero de la sección, creo que Paco Pellicer o Pepe Cappel, el contenido de una observación sobre letra pequeña que nadie contestó; al llegar a mí que era el último, le contesté con naturalidad que lo leía todo y el texto decía así: “Aquél que descubrió y conquistó mundos que regaló a España, murió olvidado perseguido y encarcelado. La envidia y la ingratitud, hacen estragos en la vida. “Menéndez Pelayo”. No os podéis figurar la vergüenza que pasé cuando D. Bartolomé decidió colocarme el primero de la sección, creo que lo hizo más que para adularme a mí, para aleccionar a los otros a los que daba clases particulares que algunos de ellos llegaron a ser personas eminentes, o sea de las más destacadas en el pueblo, lo que no quita un ápice el hecho en sí al desarrollo de esta anécdota.

Sin embargo ha pasado bastante tiempo y no hemos hecho ninguna mención al “barracón de adobe”. Mi padre amasó varios miles de kilos de barro, los que yo acercaba con un capazo pequeño sin prisa y sin pausa y afirmo que nadie me vio llorar, pero nunca se me secaron los ojos. El barracón se construyó con un rutinario encofrado que mi padre ideó.

Ahora que se han cumplido más de setenta años de aquella pequeña obra, ya que el tiempo no ha dejado ni rastro de ella, me complace recrear la vista con mis habituales paseos, observando las edificaciones tan bonitas que jalonan los múltiples caminos asfaltados de la huerta, los magníficos chalets con sus

preciosas zonas ajardinadas, agua potable, antenas de todas clases, magníficos Grupos Escolares, algún Ambulatorio, servicios de autobuses que se cruzan a cada momento que nos hacen sentirnos vecinos de la capital murciana, esa hermosa ciudad, digan lo que quieran los que lo digan, que tantos miles de nativo ignoran que es la más ajardinada de Europa, además de una de las más importantes en el arte barroco y la ciudad más apetecible y agradable para deleitarse en el recuerdo de su transformación, desde aquella Murcia que se nos fue a la Murcia de hoy, en sus calles y plazuelas.

Como dije al principio, jamás me sentí esclavizado, me buscaba tiempo hasta para saber donde estaban los nidos de las merlas, no me imaginaba que pasado el tiempo existiría un Rodríguez de la Fuente, también a mí, me gustaba observar el desarrollo de los múltiples nidos desde los garrafones y caverneras hasta las merlas con sus pequeños huevecitos y como no sabía si defendía el nido más el macho o la hembra, ambos revoloteaban sobre mí, los comparaba con los “mitos guerreros” como los aviones de las películas de guerra, sintiendo ahora remordimiento por tan inofensiva violación.

Pasado el verano y llegado el otoño, las lluvias y el relativo paréntesis del trabajo en la huerta me permitían volver a la escuela y hasta recibir algunas lecciones de solfeo que el viejo y ya casi ciego maestro Hita me daba y tuve que pasar la vergüenza de que D. Bartolomé me colocara el último de la sección compuesta por compañeros tan estupendos como Paco Pellicer, Pepe Capel, los hermanos Adolfo y Pepe Navarro, Botía, etc. aunque tuve

luego la virtud de aprender fácilmente por lo que D. Bartolomé me apreciaba mucho y yo le tenía un gran respeto. Pasaba el tiempo y llegados a los trece o catorce años, me gustaban las zagalas teniendo mis preferencias entre las del barrio entonces encharcado del Ralero y ahora que las calles están asfaltadas no llueve. Qué pena. Por eso no se me ha pasado por alto el drama de la sequía. Veo con profunda insatisfacción cómo se van secando algunas especies arbóreas y por consiguiente la desaparición de algunas especies de pajarillos, ya no se ven casi golondrinas, el barro es imprescindible para sus nidos; tampoco el avejoraco y el chorlito, de vez en cuando se ve alguna pajarilla de las nieves. También se ve alguna tutuvía para compartir la soledad de los campos de Sangonera y los Regajos, que hasta los cardos se han secado. Los jilgueros, o sea lo que llamamos las caverneras, me da la triste impresión que están emigrando en busca de semillas, siguiendo el camino en otro tiempo emprendido por el “avejorudo” y el chorlito.

Acabo diciendo que una de las cosas que nunca me apeteció hacer es la de vestirme de chaleco y zaragüeles para las fiestas de exaltación huertana, y es que tantos años trabajando en la huerta en largos calzoncillos de lienzo, que la nunca y bien requerida mártir de la familia nos hacía, para ella son ahora las lágrimas que empañan mis ojos como terminación de este escrito en esta tierra que ha visto nacer a tantos murcianos.

**Salvador Ortuño Martínez**  
*Socio de los Amigos del  
 Museo de la Huerta.*